

Los **Cuentos** *de*
ELYON

El secreto de los superpoderes.



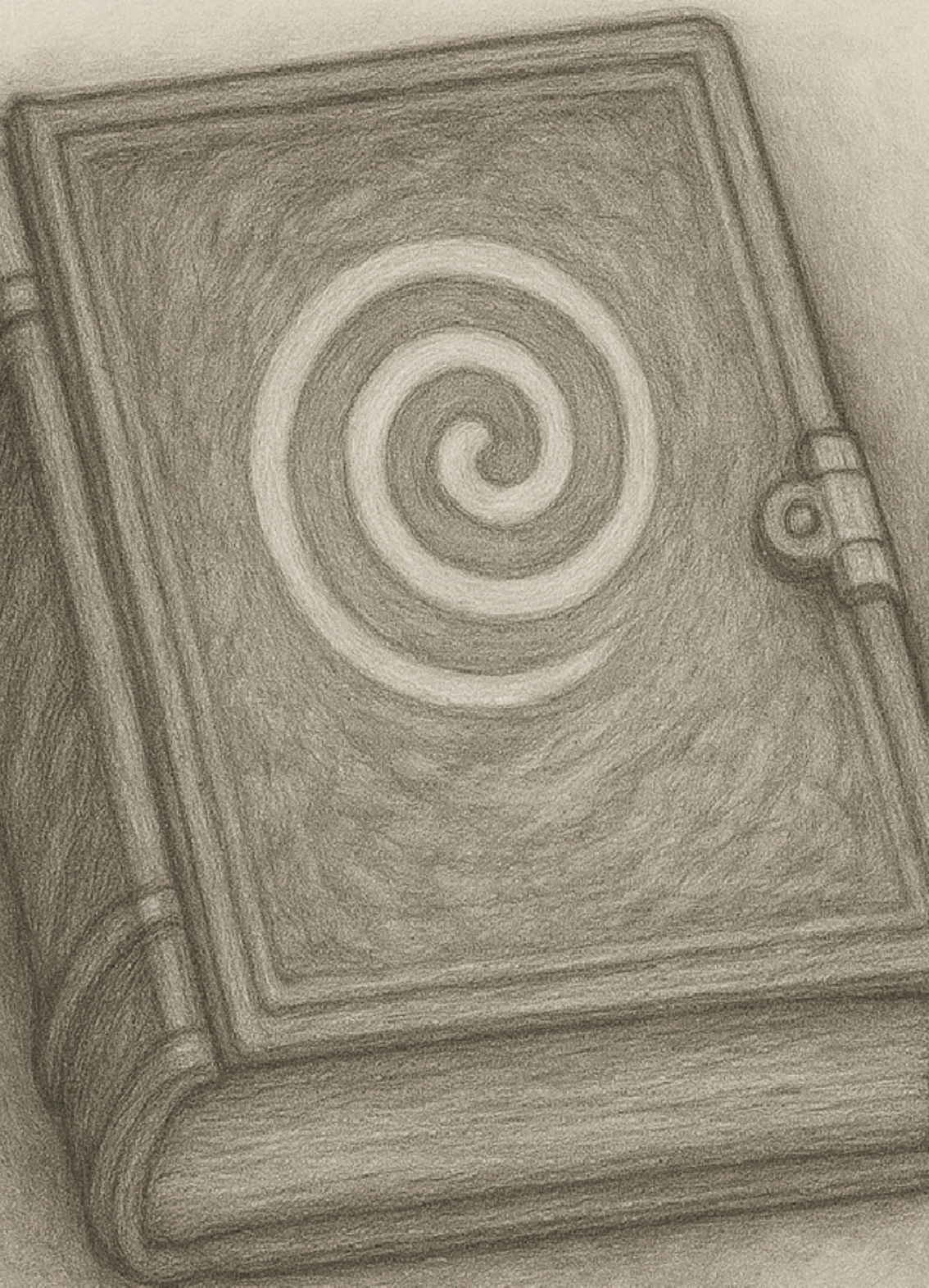
Los cuentos de
Elyon

Los cuentos de
Elyon

**El secreto de los
superpoderes**

L. Novelo S.

L. Novelo S. ©











Prólogo

Elyon lo comprendía mejor que nadie.

En tiempos antiguos, un hombre perdido en la oscuridad de la desesperanza emprendió un viaje. Elyon viajó por el reino de Asteria. No buscaba gloria ni poder, sino algo más esencial: volver a encontrarse. Y en ese andar silencioso por caminos olvidados, no solo se halló a sí mismo... también descubrió verdades profundas, poderosas y casi perdidas. Las recogió y plasmó en forma de cuentos, sabiendo que solo los corazones abiertos podrían descifrarlas.

No historias comunes, sino relatos que, al ser escuchados con atención, revelaban algo más que simples palabras: un espejo del alma, una llave secreta, una chispa de transformación.

Los llamó *Los cuentos del alma*. Sabía que los cuentos no serían entendidos por todos a pesar de ser para todos.

Solo quienes se atreven a mirar más allá de las apariencias, a percibir lo invisible y a reconocer lo esencial son capaces de comprenderlos. Y quienes logran comprenderlos... comienzan a transformarse desde lo más profundo, y con ellos, el mundo exterior también se transforma.

Este libro enseña con lo que hay más allá de las palabras.

Algunos lo abrirán y no entenderán nada. Otros lo cerrarán sin sospechar que acaban de dejar escapar una llave que abre la puerta de poderes infinitos.

Pero si tú lo abres con el corazón dispuesto, si lo lees sin prisa y permites que cada historia repose en ti como la lluvia sobre la tierra, entonces —tal vez— también empieces a recordar el secreto de esos poderes. Porque estas historias y los poderes que revelan no son nuevas. Han estado en el mundo desde siempre. Solo esperaban ser despertadas.

Y tú... tú podrías ser el siguiente en entenderlas.

Reino de Asteria

- 1 Veldoria
- 2 Lunaris
- 3 Astraelia
- 4 Rivastela
- 5 Canalys
- 6 Asterlin
- 7 Polaris
- 8 Montpolaris
- 9 Zelyra
- 10 Velmira
- 11 Stelamar
- 12 Velorn
- 13 Eldara
- 14 Eldanora



Índice

Prólogo	9
Capítulo 1. La leyenda del sabio y la promesa de los héroes	15
Capítulo 2. El enigma del primer cuento	31
Capítulo 3. Vorian Strumm y la obsesión por el poder	51
Capítulo 4. La curandera del bosque.....	57
Capítulo 5. Las sombras y los secretos de Veldoria	85
Capítulo 6. Camino a Lunarís	97
Capítulo 7. El sendero oculto	113
Capítulo 8. La casa del alquimista	129
Capítulo 9. Los secretos de Lunarís	141
Capítulo 10. La voz silenciosa.....	151
Capítulo 11. Noticias y tensión en el orfanato.....	169
Capítulo 12. Dentro de la obscuridad.....	185
Capítulo 13. Un reencuentro en Lunarís	201
Capítulo 14. Sombras en el umbral	239
Capítulo 15. La casa de los recuerdos	245
Capítulo 16. Nueva vida en la casa de Ernestín	269
Capítulo 17. La partida de Astraelia.....	299

Capítulo 1

La leyenda del sabio y la promesa de los héroes

La tormenta había comenzado al caer la tarde con relámpagos que iluminaban los altos tejados del orfanato de Veldoria. El edificio, una construcción vieja de piedra gris cubierta de musgo y con ventanas pequeñas que apenas dejaban entrar la luz del día, parecía resistir con obstinación el paso del tiempo. Dentro, el sonido de la lluvia repiqueteando contra los cristales se mezclaba con el murmullo de los niños leyendo, dibujando o simplemente soñando despiertos.

En el rincón más alejado de la biblioteca del orfanato, Anya y Theo estaban sentados junto a una mesa de madera desgastada. Anya, con su cabello castaño recogido en una trenza apretada y sus grandes gafas que escondían sus hermosos ojos color almendra, hojeaba un libro polvoriento titulado *Civilizaciones perdidas y sus secretos*. Theo, en cambio, estaba inclinado sobre un papel, dibujando un mapa de un lugar que solo existía en su mente. Su cabello rubio despeinado y sus ojos claros daban siempre a Theo un aire de soñador distraído, como si su mente estuviera constantemente explorando mundos invisibles para los demás.

Shanti, su inseparable compañera de aventuras, con su gran figura esbelta y su pelaje marrón, estaba echada a sus pies, con las orejas en alerta y la mirada fija en la ventana, como si pudiera comprender la melodía de la tormenta.

—¿Sabías que los mayas tenían un sistema de escritura que todavía no hemos descifrado por completo? —dijo Anya sin apartar la vista del libro.

Theo levantó la mirada de su mapa y arqueó una ceja.

—¿Y qué tiene eso que ver con salvar el mundo? —preguntó, mientras añadía un río serpenteante a su dibujo.

—Tiene todo que ver, Theo. Si no entendemos nuestro pasado, ¿cómo vamos a cambiar el futuro? —replicó Anya con una sonrisa de superioridad.

Theo se encogió de hombros, dejando que su lápiz trazara una isla imaginaria.

—Yo creo que para cambiar el futuro, solo necesitas una buena idea y un poco de suerte.

—¿Y qué pasa con el esfuerzo? —Anya alzó una ceja.

—El esfuerzo está sobrevalorado. Prefiero confiar en mi intuición. —Theo le guiñó un ojo, provocando una risa involuntaria en su amiga.

Antes de que Anya pudiera responder, una figura se asomó desde las sombras de la biblioteca. Era Maester Elric, el bibliotecario del orfanato, un hombre de avanzada edad con una barba blanca como la nieve y ojos que parecían haber visto más de lo que querían contar. Se apoyaba en un bastón tallado con figuras de animales y siempre llevaba un libro bajo el brazo.

—Disculpen la interrupción, jóvenes filósofos —dijo con voz grave, aunque con una chispa de humor en los ojos—, pero creo que esta noche podría interesarles una historia que no encontrarán en ningún libro.

Los ojos de Theo brillaron de emoción, mientras Anya cerraba su libro con escepticismo.

—¿Es una de esas historias que empiezan con «hace mucho, mucho tiempo» y terminan con «y vivieron felices para siempre»? —preguntó Anya, cruzando los brazos.

Maester Elric se rio entre dientes.

—No, Anya. Es una historia real, o al menos tan real como cualquier cosa que podamos recordar. Vengan. —Hizo un gesto para que lo siguieran hasta un rincón más cálido, junto a una chimenea donde el fuego chisporroteaba con suavidad.

Shanti fue la primera en levantarse, meneando la cola mientras seguía al viejo bibliotecario. Anya y Theo intercambiaron una mirada y, con un suspiro, dejaron sus libros y papeles para seguirlo.

Sentados junto al fuego, con la lluvia golpeando las ventanas y proyectando sombras en las paredes, Maester Elric comenzó su relato.

—Hace muchos años, antes de que ustedes nacieran y antes de que yo mismo llegara a este pueblo, Veldoria no era como es ahora. Era un lugar lleno de vida, prosperidad y, sobre todo, paz. Esto se debía, en gran parte, a un hombre llamado Elyon.

—¿Elyon? ¿Quién era? —preguntó Theo, inclinándose hacia adelante.

—Un sabio, un consejero... algunos incluso decían que era un mago y que tenía superpoderes. Elyon tenía un don especial: podía unir a las personas, traer claridad a las mentes más confundidas y consuelo a los corazones más turbados. Su sola presencia transformaba a quienes lo rodeaban. Pero no era su magia lo que lo hacía especial, sino su sabiduría.

Anya frunció el ceño, intrigada a pesar de su escepticismo.

—¿Qué pasó con él? —preguntó.

Maester Elric suspiró, mirando el fuego como si buscara en él una respuesta.

—Un día, Elyon dijo que su tiempo en Veldoria había terminado. Dejó un libro, un volumen lleno de cuentos y enseñanzas, afirmando que contenía todo lo que el pueblo necesitaría para seguir prosperando. Sin embargo, nadie logró descifrarlo por completo. Muy pocos tuvieron acceso al libro, pues Vorian decidió guardárselo para sí en lugar de compartirlo con el pueblo, como Elyon había deseado. Con el tiempo, la gente comenzó a dudar de su verdadero significado. Los cuentos que escribió eran metáforas, profundas y enigmáticas, que no todos podían comprender. Algunos rumores empezaron a circular: se decía que esos cuentos en realidad hablaban de superpoderes y que quien lograra descifrarlos podría obtenerlos. Otros sostenían que Elyon nunca quiso compartir sus secretos, que el libro era solo una distracción. También hubo quienes pensaban que Elyon se había marchado porque sabía que el pueblo no estaba listo para entender la verdad detrás de sus historias.

Theo asintió lentamente, con la mirada llena de determinación.

—¿Qué es una metáfora?

—Una metáfora, Theo, es como un espejo que no muestra tu reflejo, sino algo más profundo, algo que debes descubrir con tus propios ojos. Es una forma de decir una cosa, pero que significa otra, envolviendo una verdad en palabras que debes descifrar. Piensa en ella como en un cofre cerrado: lo que ves por fuera es solo la superficie, pero dentro hay un tesoro que solo los curiosos y los sabios pueden descubrir.

—Entonces, ¿ese libro todavía existe?

Elric asintió.

—Sí, aunque ahora está en manos del regente Vorian Strumm. Él lo guarda celosamente en su palacio; está conven-

cido de que si descifra las historias accedería a superpoderes que podrían hacerlo invencible. Pero lo único que ha encontrado hasta ahora es frustración.

—¿Y si lo encontramos nosotros? —preguntó Theo, con un brillo de emoción en los ojos—. Podríamos descifrar los cuentos, adquirir los superpoderes y convertirnos en superhéroes que salvarían al mundo —exclamó Theo con evidente emoción—. Anya, eso es lo que siempre hemos soñado. ¡Salvar al mundo!

Anya lo miró con incredulidad.

—¿Nosotros? ¿Un par de niños de un orfanato? Eso es ridículo, Theo.

—¿Por qué no? —replicó él, poniéndose de pie—. Si ese libro tiene la clave para cambiar el mundo, ¿quién dice que no podemos ser nosotros los que lo descubramos? Además, ya cumplimos once, ya cuentan.

Anya suspiró, pero no pudo evitar sentir una chispa de curiosidad.

—No sé si podamos salvar al mundo pero tal vez valdría la pena intentar cambiar el destino de Veldoria y traer paz y prosperidad nuevamente, como en los tiempos de Elyon —dijo Anya más convencida—. Tendría que ser un plan muy bien pensado, Theo.

Maester Elric los observó con una sonrisa enigmática.

—Si alguien puede hacerlo, son ustedes. Pero deberán tener mucho cuidado. El camino hacia la verdad no es fácil, y siempre estará lleno de desafíos.

Shanti ladró suavemente, como si estuviera de acuerdo. Los niños intercambiaron una mirada, y en ese momento, sin decirlo en voz alta, hicieron un pacto silencioso. Esa misma noche, comenzaría la aventura que cambiaría sus vidas para siempre.

Veldoria, antes de la guerra, era un lugar que parecía salido de las páginas de un cuento. La ciudad se alzaba justo en el punto en que los campos dorados de trigo y flores silvestres se encontraban con un hermoso bosque que la rodeaba como un manto protector. Más allá del bosque, las montañas se dibujaban en el horizonte, majestuosas y distantes.

El río Lyris, con su cauce cristalino, serpenteaba por el centro del pueblo como una cinta de plata que alimentaba molinos, fuentes y huertos. En las orillas del río, niños jugaban al atardecer mientras las madres tejían en los portales de casas de piedra blanca, adornadas con balcones llenos de geranios y lavandas.

El mercado en la plaza central era un hervidero de actividad, lleno de aromas a especias exóticas y frutas frescas traídas por comerciantes de lugares lejanos. En las tardes, los músicos callejeros tocaban melodías mientras los lugareños se reunían para compartir historias y risas. Las puertas de las casas permanecían abiertas, como una invitación constante a los vecinos y viajeros. Veldoria no era solo próspera, era amable, un lugar donde la generosidad era moneda corriente.

Sin embargo, todo eso cambió cuando la provincia vecina, Codren, atacó inesperadamente. Codren, codiciosa de las riquezas de Veldoria —sus fértiles tierras, sus grandes canteras y el canal de navegación más importante del reino le concedían una posición estratégica—, desató una guerra que cambió para siempre a Veldoria. Los campos quedaron devastados, los molinos quemados y los puentes destruidos. Aunque los valientes habitantes de Veldoria, con la ayuda de Elyon, lograron defenderse y preservar su hogar, la victoria fue amarga.

Muchas vidas se perdieron. Aldeas periféricas fueron arrasadas, dejando cientos de niños huérfanos. Las risas que solían llenar el mercado desaparecieron, reemplazadas por un silen-

cio pesado. El río Lyris, antes símbolo de vida, ahora parecía llevar consigo las lágrimas de los que habían sufrido.

Tras la guerra, Veldoria no volvió a ser la misma. Las puertas que antes estaban abiertas ahora tenían cerrojos, y las miradas de los habitantes eran furtivas, llenas de desconfianza. Los comerciantes extranjeros dejaron de venir, y el mercado quedó en ruinas. La bondad que una vez definió al pueblo se diluyó, dejando lugar al miedo y a una creciente apatía. Los más pobres vivían en los márgenes, invisibles para quienes aún tenían algo que proteger. Los niños que pedían limosna eran ignorados, y los ancianos luchaban por sobrevivir sin el apoyo de una comunidad que antes los cuidaba.

En medio de este paisaje desolado, el orfanato de Veldoria se erigía como un lugar contradictorio: al mismo tiempo refugio y prisión. La estructura, una construcción de piedra gris que alguna vez fue un monasterio, parecía tan cansada como los niños que vivían en su interior. Su jardín estaba descuidado, con hierbas silvestres que crecían entre los bancos de madera rotos. Las paredes estaban cubiertas de grietas, como si llevaran sobre sí las cicatrices de las historias que albergaban. El orfanato había sido improvisado después de la guerra cuando cientos de niños quedaron huérfanos. Antes, Veldoria nunca había tenido la necesidad de crear uno, todos los niños tenían familias y si alguno quedaba huérfano era rápidamente adoptado por otros miembros de la familia o por alguna familia vecina, los veldorianos eran un pueblo solidario.

Las mujeres que dirigían el orfanato, lideradas por la robusta hermana Edith, se esforzaban por llenar los vacíos emocionales de los niños, pero sabían que nunca podrían reemplazar a sus padres. La hermana Margret, la cocinera, con su delantal siempre manchado de harina, encontraba a través de la comida una manera de transmitir amor. Los niños más pequeños ado-

raban a Margret, sobre todo cuando horneaba tartas de manzana o panquecillos de plátano con caramelo. Sin embargo, los recursos eran limitados, y muchas veces los estómagos rugían en la noche.

Las risas, aunque escasas, aún resonaban en los pasillos gracias a los esfuerzos de las hermanas por mantener un ambiente cálido. Los murales pintados con colores brillantes por los propios niños decoraban las paredes, recordando que la imaginación era el único refugio que no podía ser arrebatado.

Entre los habitantes del orfanato, Maester Elric, el guardián de las historias, era una figura singular. Había llegado al pueblo poco después de la guerra, trayendo consigo cajas llenas de libros y una mirada que sugería que también cargaba con su propio dolor. De complexión delgada y con cabello blanco que caía en mechones desordenados, Elric parecía un personaje salido de las mismas historias que contaba.

Siempre llevaba una chaqueta raída con bolsillos profundos, llenos de sorpresas para los niños que se atrevían a acercarse a la biblioteca. Aunque su amor por los libros era evidente, pocos conocían su debilidad por los dulces. Por las noches, cuando el orfanato dormía, se colaba en la cocina para robar pequeñas porciones de la tarta de fresas de la hermana Margret o panquecillos de plátano.

—Un hombre necesita combustible para pensar —solía decir a Theo y Anya, mientras les entregaba un panquecillo envuelto en un pañuelo limpio.

Su compañero constante era Mordecai, un gato negro con ojos verdes que parecían brillar en la oscuridad. Mordecai tenía una elegancia altiva, moviéndose entre estanterías como una sombra. Su relación con Shanti, la perra de Theo y Anya, era una mezcla de desconfianza y curiosidad. Shanti, con su

lealtad incondicional, siempre vigilaba a Mordecai como si esperara descubrir algún oscuro secreto felino.

—¿Crees que Shanti le teme a Mordecai? —bromeó Theo una vez, mirando cómo la perra observaba al gato con intensidad.

—No, Shanti no teme a nada —respondió Anya sin levantar la vista de su libro—. Solo está evaluando si puede confiar en él. Algo que deberíamos aprender de ella.

Esa noche, después de escuchar la historia de Elyon, Anya y Theo regresaron a sus dormitorios con las palabras de Maester Elric resonando en sus mentes. La tormenta comenzaba a amainar, y las gotas de lluvia caían ahora con un ritmo tranquilo, como si el cielo se hubiera cansado de llorar.

Desde la ventana del dormitorio que compartían con otros niños, podían ver las luces del pueblo parpadeando como estrellas caídas. La luna bañaba el río Lyrís con su resplandor plateado, haciendo que las aguas parecieran un espejo que reflejaba sus sueños y temores.

Esa noche, mientras el viento susurraba entre los árboles y el río Lyrís cantaba su melodía eterna, nació la promesa de una aventura que no solo cambiaría las vidas de Anya y Theo, sino también el destino de toda Veldoria.

La mañana siguiente a la tormenta, el sol se asomó tímidamente entre las nubes, iluminando el orfanato de Veldoria con un brillo pálido. Anya y Theo estaban en la biblioteca, como de costumbre, pero esta vez no estaban inmersos en sus lecturas habituales. Con el eco de la historia de Elyon resonando en sus mentes, habían decidido actuar.

—Si vamos a hacerlo, necesitamos un plan —dijo Anya, con su tono práctico habitual, mientras trazaba líneas en un viejo trozo de pergamino que había encontrado en uno de los estantes.

—¿Un plan? Pensé que íbamos a improvisar —dijo Theo con una sonrisa traviesa, lanzando un panquecillo de plátano al aire y atrapándolo con una mano como si fuera parte del acto.

—Theo —replicó Anya, cruzándose de brazos—. Esto no es uno de tus mapas imaginarios. Estamos hablando del palacio del regente Vorian Strumm. Ese lugar debe de estar plagado de guardias.

Theo le lanzó una mirada de soslayo, con ese brillo en los ojos que siempre tenía cuando tramaba algo.

—Claro que tengo un plan. Confía en mí —dijo con tono cómplice—. Conozco un lugar en el bosque, está cerca. Es perfecto para escondernos después de... bueno, después de lo que vamos a hacer.

Anya arqueó una ceja.

—¿Qué tipo de lugar?

—Un refugio. Tranquilo, discreto. Nadie nos encontrará allí. —Bajó un poco la voz, como si las paredes del orfanato pudieran oír—. Ya lo verás. Pero tienes que confiar en mí.

Ella lo miró largo rato, dudando... luego asintió lentamente. —¿Estaremos seguros ahí?

—Sí —aseguró Theo, esbozando otra de sus sonrisas desafiantes—. Iremos primero a dejar nuestras cosas, luego nos dirigiremos al palacio por el libro. Todo está pensado.

En ese momento, una voz grave rompió la tensión.

—Deberán ser muy cuidadosos en el palacio. No solo habrá guardias, también es probable que encuentren trampas.

Elric había aparecido detrás de ellos sin hacer el menor ruido. Mordecai, su inseparable gato negro, lo seguía con la elegancia silenciosa de siempre. El felino saltó con agilidad sobre la mesa, observándolos desde lo alto con su mirada inquisitiva, como si juzgara cada palabra.

Shanti, al verlo, alzó las orejas y lo estudió atentamente, aunque no se movió de su sitio junto a Theo. El ambiente pareció tensarse por un momento.

—Trampas, guardias... suena emocionante —comentó Theo, cruzando los brazos detrás de la cabeza.

—¿Tienes alguna idea de cómo entrar al palacio? —preguntó Elric, alzando una ceja mientras se sentaba con un suspiro.

Anya se inclinó sobre el pergamino.

—El río Lyris pasa justo detrás del palacio. Hay un viejo canal de drenaje que podría llevarnos al interior si logramos abrirlo. Lo leí en un libro sobre la arquitectura de Veldoria.

—¿Y cómo piensas abrirlo? —preguntó Theo, claramente intrigado.

—Con esto. —Anya sacó una horquilla de su bolsillo y la agitó frente a él.

Theo se rio.

—¿Vas a abrir una entrada secreta con una horquilla? Eso quiero verlo.

—Ya lo verás —respondió ella, con un destello de desafío en los ojos.

Maester Elric los observaba con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Si realmente van a hacer esto, tienen que tener cuidado. Vorian no es un hombre que se tome a la ligera un robo en su palacio.

—¿Eso significa que no vas a detenernos? —preguntó Theo, con una sonrisa que parecía desafiar al viejo bibliotecario.

Elric suspiró y apoyó una mano sobre la mesa, como si lo que iba a decir llevara consigo un peso mayor del que sus palabras podían contener.

—Significa que sé que no puedo detenerlos. Y que si deciden hacerlo... deben saber que no habrá vuelta atrás.

Anya frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Si roban ese libro, se volverán fugitivos a los ojos del regente. No podrán regresar al orfanato, al menos no de inmediato.

—¿Y si lo conseguimos? —preguntó Theo.

—Entonces serán algo más que niños —respondió Elric con gravedad—. Serán buscadores de verdad. Y eso es algo muy raro... y muy peligroso.

Hubo un largo silencio.

—¿Y Elyon? —preguntó Anya finalmente—. ¿Dónde lo encontraremos?

—Nadie lo sabe con certeza —respondió Elric—. Se rumora que viajó hacia el norte, más allá de las montañas que protegen Polaris... Algunos dicen que desapareció en la nieve, otros que fue a buscar algo más antiguo que el propio reino. Lo que es seguro, es que si lo buscan, deberán ser más cuidadosos que nunca.

—¿Crees que podremos encontrarlo?

Elric los miró con una expresión que era mezcla de tristeza y orgullo.

—No lo sé. Pero lo importante no será el destino al que los lleve esta aventura sino lo que aprenderán y descubrirán en el camino. Si alguien debe intentarlo... son ustedes.

Anya y Theo intercambiaron una mirada. No estaban completamente seguros, pero la emoción de la aventura los impulsaba más allá de sus dudas.

Y en lo más profundo de su corazón, sabían que no podían ignorar el llamado que los había alcanzado desde las páginas de ese antiguo libro.

Esa misma noche, bajo la luz plateada de la luna llena, Anya, Theo y Shanti se deslizaron silenciosamente fuera del orfanato.

Habían esperado con paciencia a que las hermanas estuvieran profundamente dormidas. Antes de partir, dejaron un mensaje cuidadosamente doblado sobre la mesa del refectorio.

Theo cargaba una mochila con cuerdas, una linterna de aceite, su ropa y algunos bocadillos que había «tomado prestados» de la cocina. Anya, como siempre, había sido meticulosa: llevaba su libreta, provisiones, un pequeño botiquín, y lo más importante, el mapa mental del palacio, memorizado con cada detalle.

La ciudad dormía bajo un cielo despejado. Caminaron en silencio, el sonido del río Lyris acompañándolos como un susurro constante. Las linternas de las calles proyectaban sombras alargadas que se movían con ellos por las paredes de piedra. No se cruzaron con nadie. Solo sus pasos, el murmullo del agua, y el crujido ocasional de alguna hoja bajo sus pies.

Al salir por una de las viejas puertas laterales de Veldoria, tomaron el sendero que se internaba en el bosque. La oscuridad bajo los árboles era más densa, pero Shanti avanzaba decidida, olfateando el aire, atenta a todo.

Finalmente llegaron. Oculta entre la maleza y las raíces de los árboles, casi devorada por enredaderas y musgo, estaba la ruina de una pequeña casa abandonada que Theo había descubierto meses atrás en una de sus escapadas solitarias. Las paredes de piedra y madera estaban desgastadas por el tiempo y las ventanas rotas dejaban entrar el viento helado de la noche.

Pero para ellos, era perfecta.

Revisaron los alrededores con cuidado. Nadie. El lugar estaba tan bien oculto que incluso a plena luz del día habría pasado desapercibido. Dejaron sus mochilas, se aseguraron de cerrar la puerta tras ellos y memorizaron el camino de regreso.

Luego, sin una palabra más, emprendieron el regreso a la ciudad. Esta vez no como niños en busca de aventuras, sino como cómplices de una misión secreta.

La luna se alzaba alta cuando alcanzaron de nuevo la ribera del Lyris. El río brillaba como una cinta líquida bajo la luz nocturna. Avanzaron en silencio, sus pasos apenas perceptibles sobre la hierba húmeda. Shanti trotaba junto a ellos, sus orejas erguidas, atenta a cada sonido, cada movimiento.

Anya se detuvo de pronto, y señaló hacia el borde de la orilla.

—Ahí está —susurró, apuntando a una rejilla de hierro oxidado apenas visible entre las sombras.

Theo se inclinó para verla mejor, frunciendo el ceño.

—¿Estás segura de que esto nos llevará al interior? —preguntó Theo, bajando la voz mientras inspeccionaba la rejilla.

—Segura, no. Pero es nuestra mejor opción. Según los planos, este es uno de los antiguos túneles de ventilación del palacio. Ya no lo usan. Pero aún conecta con los pasillos inferiores.

Con la ayuda de una piedra grande y un poco de fuerza, lograron mover la rejilla lo suficiente como para deslizarse por la abertura. Shanti, siendo más ágil, fue la primera en entrar, seguida de Theo y luego Anya.

El canal estaba oscuro y húmedo, con el eco del agua goteando desde las paredes de piedra.

—Esto es... acogedor —murmuró Theo de manera irónica, encendiendo la linterna de aceite.

—Prefiero esto a enfrentar a los guardias directamente —respondió Anya, avanzando con cuidado.

Shanti, como siempre, lideraba el camino, moviéndose con una confianza que parecía casi sobrenatural.

El canal finalmente los condujo a una escalera de piedra que subía hasta una puerta de madera. Anya se arrodilló y comenzó a trabajar con su horquilla, mientras Theo observaba con escepticismo.

—¿Segura que esto va a funcionar?

—Cállate, Theo. Necesito concentrarme.

Después de unos minutos de tensión, se escuchó un clic y la puerta se abrió lentamente.

—Te lo dije —susurró Anya con una sonrisa de triunfo.

El pasillo al que entraron estaba silencioso, pero cada sombra parecía moverse con intenciones siniestras. Theo miró alrededor con nerviosismo.

—Esto parece demasiado fácil.

—No te relajes aún. Estamos en el ala de servicio. Necesitamos encontrar el despacho de Vorian —dijo Anya, avanzando con determinación.

A medida que se adentraban más en el palacio, el ambiente se volvía más opresivo. Las paredes estaban decoradas con retratos grotescos de Vorian, cada uno exagerando su figura con un aire casi cómico.

—¿Es que este hombre nunca se cansa de mirarse a sí mismo? —murmuró Theo, provocando una risa silenciosa de Anya.

Finalmente, llegaron a una puerta doble que, según Anya, conducía al despacho del regente. Theo giró el pomo con cuidado, y juntos empujaron las puertas.

El despacho era inmenso, con estanterías llenas de libros que probablemente nunca habían sido leídos. En el centro de la sala, sobre un pedestal cubierto con terciopelo rojo, estaba el libro.

El corazón de Theo se aceleró.

—Ahí está, debe de ser ese el libro de Elyon.

Anya asintió, avanzando con cautela.

—Espera —susurró—. Esto es demasiado obvio.

Antes de que pudiera terminar su advertencia, Shanti comenzó a gruñir. Desde las sombras, dos guardias, Garrick y Lysandra, surgieron espadas en mano.

—¡Alto ahí! —gritó Garrick.

Theo reaccionó sin pensar. Tomó el libro y corrió hacia la puerta opuesta.

—¡Corre, Anya!

Anya y Shanti lo siguieron, esquivando a los guardias que intentaban bloquearles el paso.

Los pasillos del palacio eran un laberinto, y cada esquina parecía conducirlos más lejos de la salida. Los gritos de Garrick y Lysandra resonaban tras ellos, junto con el ruido de botas golpeando el suelo de mármol.

—¡Por aquí! —gritó Anya, guiando a Theo hacia una ventana abierta que daba al río.

Sin dudar, Theo saltó, aterrizando en el agua helada. Anya lo siguió, con Shanti saltando justo detrás.

El frío del agua les robó el aliento, pero no se detuvieron. Nadaron hacia la orilla, donde se escondieron entre los arbustos mientras los guardias los buscaban en vano.

Cuando finalmente estuvieron a salvo, Theo levantó el libro con una sonrisa de triunfo.

—Lo logramos.

Anya, jadeando por el esfuerzo, lo miró con una mezcla de incredulidad y admiración.

—No sé cómo lo hicimos, pero ahora empieza lo difícil. Tenemos que descifrarlo.

Shanti sacudió el agua de su pelaje y ladró suavemente.

Esa noche, mientras el río Lyris fluía tranquilamente bajo la luz de la luna, Anya, Theo y Shanti se dieron cuenta de que su aventura apenas comenzaba.

Capítulo 2

El enigma del primer cuento

Las estrellas iluminaban la noche con su manto cuando Anya, Theo y Shanti finalmente llegaron a la cabaña.

—Esto servirá —dijo Anya, sacando de la mochila de Theo la linterna de aceite que había tomado del orfanato.

Theo se dejó caer sobre una vieja silla de madera, sosteniendo el libro que habían robado del palacio de Vorian. Su cubierta de cuero oscuro tenía un tacto extraño, casi como si estuviera vivo, la cubierta era como un pequeño cofre hermético que podía abrirse con un broche, el estuche de piel había protegido el libro del agua. En el centro, un grabado dorado mostraba un símbolo que ninguno de ellos reconocía: un círculo rodeado por una espiral.

Shanti, siempre alerta, inspeccionó la cabaña con su habitual curiosidad. Tras dar un par de vueltas alrededor de la estancia, se acostó junto a la chimenea apagada, observando a los niños con ojos brillantes.

Los niños se cambiaron de ropa y encendieron un pequeño fuego en la chimenea. Al instante, las llamas comenzaron a danzar sobre la madera, proyectando reflejos cálidos en las paredes. El cuarto, que antes se sentía frío y ajeno, se transfor-

mó en un refugio íntimo, casi mágico, como si el resplandor invitara a los niños a abrir el libro con reverencia y descubrir el tesoro que ahora tenían entre manos

—Antes de abrirlo, deberíamos pensar en lo que podría significar —dijo Anya, sentándose frente a Theo.

—¿Significar? —Theo levantó una ceja—. Es un libro, Anya. Está para ser leído.

Anya suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Es mucho más que un libro. Maester Elric dijo que nadie ha logrado descifrarlo en décadas. No podemos abrirlo y esperar que simplemente nos dé todas las respuestas.

Shanti ladró suavemente. Theo rio, rascándole detrás de las orejas.

—Parece que Shanti está de tu lado esta vez.

Anya sonrió.

—Shanti siempre está del lado de la lógica.

Shanti había llegado al orfanato tres años atrás, una noche de invierno en la que la nieve caía con fuerza y el viento aullaba entre los árboles. La hermana Margret la encontró temblando en la entrada, con el pelaje mojado y un hilo de sangre en su pata delantera derecha. Era solo una cachorra entonces, con un pelaje marrón que, bajo la luz del sol, tenía reflejos rojizos, dándole un aspecto casi místico.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó la hermana Edith, al ver a Margret cargar a la perrita en sus brazos.

—Cuidarla, por supuesto —respondió Margret, con su habitual tono decidido—. No la vamos a dejar ahí afuera con este frío.

Durante semanas, las hermanas cuidaron de la pequeña cachorra, vendaron su pata y la alimentaron con sobras de la cocina. Fue Theo quien, una tarde, le dio su nombre.

—Shanti —dijo, mientras acariciaba su cabeza.

—¿Shanti? —preguntó Anya, levantando una ceja.

—Significa «dicha» en un idioma que leí en uno de los libros de Maester Elric —respondió Theo, sonriendo.

El nombre le quedaba perfecto. Shanti no solo era tranquila y gentil, sino que también tenía un efecto de felicidad en los niños del orfanato. Cuando alguien estaba triste, Shanti se acercaba y se acostaba junto a ellos, ofreciéndoles consuelo con su mera presencia. Pero no solo era bondadosa; también era extremadamente elegante y refinada. A menudo se acomodaba en posiciones que parecían sacadas de un retrato de una princesa: cruzaba las patas delanteras con una gracia natural que asombraba a todos.

Shanti creció hasta alcanzar su talla adulta, grande, esbelta con reflejos más claros en las orejas, casi dorados y ojos profundos color miel.

Algunos niños del orfanato comenzaron a llamarla «el dragón» por la manera en que su pelaje brillaba, como si escondiera fuego bajo la piel.

Aunque su carácter era tranquilo, Shanti tenía dos debilidades que traicionaban su compostura: el agua y los balones. Cada vez que veía un río o un lago, se llenaba de una energía casi infantil y corría directo al agua, como si su alma perteneciera a ella. Los balones, por otro lado, despertaban en Shanti un entusiasmo incontrolable. No importaba el momento o el lugar, si veía uno, quería jugar con él, persiguiéndolo con una mezcla de determinación y alegría que hacía reír a los niños.

A pesar de estas travesuras, Shanti era increíblemente inteligente, era evidente que provenía de un linaje de perros de caza. Aprendía rápido, entendía órdenes complejas e incluso parecía anticipar los pensamientos de Theo y Anya. Su agilidad también era asombrosa, como aquella vez que ayudó a

Theo a recuperar un balón que había caído en el tejado, trepando por una pila de cajas con una precisión impresionante.

La conexión entre ellos creció rápidamente. Shanti se convirtió en su compañera inseparable, siguiéndolos en cada aventura dentro y fuera del orfanato. Para Anya, Shanti era más que una compañera; era un recordatorio de que incluso en medio de las dificultades, algo bueno podía surgir.

Su presencia en el orfanato era un rayo de luz, y a pesar de su sobre nombre, «el dragón», por su porte y sus reflejos rojizos, para Theo y Anya, Shanti era simplemente Shanti: su amiga leal y un faro de dicha en sus vidas.

En el silencio sereno de la cabaña, Theo finalmente abrió el libro. Las páginas eran gruesas y amarillentas, llenas de caracteres que parecían danzar entre sí, formando palabras que ninguno de los dos entendía.

—Esto no está en ningún idioma que haya visto antes —murmuró Anya, pasando un dedo por la primera página.

Sin embargo, al llegar a la segunda página, el texto cambió.

Allí había un cuento escrito en un lenguaje que sí podían leer. —«La alondra y el amanecer» —leyó Theo en voz alta.

La alondra y el amanecer

En un pequeño valle rodeado de colinas, vivía una alondra que todas las mañanas recibía al sol con su canto. Era una canción sencilla, pero llenaba el aire con una sensación de calma y renovación. Desde la rama más alta de un viejo árbol, su voz se alzaba con las primeras luces del día, y el valle respondía con un esplendor único. Las flores se abrían, los campos rebosaban de frutos y el río corría cristalino, reflejando el cielo.

El tiempo pasó, y los habitantes del valle vivían en abundancia, aunque pocos reparaban en la alondra o en su canto.

Para ellos, los campos fértiles y las aguas limpias eran algo natural, algo que siempre había estado allí. Poco a poco, dejaron de mirar hacia el amanecer y de notar el suave murmullo que acompañaba la llegada del día.

La alondra observaba desde su rama. «Quizá mi canto no sea necesario», pensó un día. «El valle está lleno de vida; mi voz es solo un sonido más entre tantos». Así, una mañana, cuando el sol asomó su primer rayo, guardó silencio.

Sin su canto, el amanecer llegó de todos modos, pero algo en el valle había cambiado. Las flores permanecieron cerradas, las hojas de los árboles se tornaron opacas y el río perdió su brillo. Aunque el sol seguía su curso, el día parecía apagado, como si le faltara algo esencial.

Los días se convirtieron en semanas. El valle, antes lleno de vida, comenzó a marchitarse. Las flores cayeron sin abrirse, los frutos dejaron de crecer y el río, ahora sombrío, corría con una corriente pesada. La alondra, desde su rama, observaba con tristeza el desvanecimiento del lugar que alguna vez había vibrado de color y energía.

Una madrugada, incapaz de soportar más aquel silencio, la alondra decidió volver a cantar. Su voz se alzó al cielo con las primeras luces, pero esta vez sonaba diferente: no era solo un canto, sino un acto lleno de algo que ni siquiera ella podía nombrar.

A medida que las notas flotaban en el aire, el valle despertó como de un sueño profundo. Las flores se abrieron con colores más vivos que nunca, los árboles se llenaron de frutos jugosos y el río brilló como si el cielo mismo lo habitara. Los habitantes del valle, al salir de sus casas, se detuvieron por un momento, asombrados por la belleza que los rodeaba, sin entender del todo qué había cambiado.

La alondra continuó cantando cada amanecer, sin esperar nada a cambio, porque había comprendido algo que no podía explicar con palabras.

Y aunque nadie podía nombrar qué era exactamente lo que hacía florecer el valle, quienes lo habitaban comenzaron a alzar la vista al amanecer, escuchando atentos, como si intuyeran que había algo más profundo en aquel canto.

Cuando terminaron, Theo soltó un suspiro y dejó caer el libro sobre su regazo.

—No entiendo nada —dijo, pasándose una mano por el cabello—. ¿Se supone que esto significa algo?

Anya no respondió de inmediato. Seguía con los ojos fijos en el papel, como si las palabras fueran a reordenarse de repente y darle la respuesta.

—Tiene que significar algo —murmuró por fin—. No estaría en el libro si no fuera importante.

Theo frunció los labios.

—Bueno... la alondra canta cada mañana y mientras lo hace, todo florece: los árboles, los campos, el agua del río brilla más... Pero cuando deja de cantar, todo se marchita.

Anya asintió, repasando la historia en su mente.

—Sí. Y en ningún momento dice que la alondra haga algo más que cantar.

—Pero cantar no es magia —señaló Theo, cruzándose de brazos—. No hay hechizos, ni encantamientos, ni siquiera un rey o una maldición. Solo una alondra que canta.

—Pero si fuera un cuento normal, no estaría aquí —insistió Anya—. Esto tiene que ser una pista de algo...

Se quedaron en silencio un momento, dejando que la historia se asentara en sus cabezas.

—Quizás el amanecer tenga algo que ver —dijo Theo, alzando una ceja—. La alondra solo cantaba cuando salía el sol. ¿Y si la luz era lo que hacía que todo creciera?

Anya negó con la cabeza.

—Pero el cuento dice que los amaneceres seguían llegando después de que la alondra se fuera... y aun así, todo se marchitó.

—Ugh. —Theo se dejó caer contra el respaldo de la silla—. Esto no tiene sentido.

El tiempo pasó. A ratos, hojeaban el libro en busca de otra pista. Otras veces, releían la historia en voz baja, esperando que algo saltara a la vista. Pero nada cambiaba. Las mismas palabras, la misma confusión.

—Tal vez su canto era especial —aventuró Anya después de un rato—. Como si llevara algún tipo de mensaje...

—¿Y por qué no lo dice claramente? —Theo apoyó la barbilla en la mano, frustrado—. No veo qué tiene de raro un pájaro que canta.

Anya tampoco. Pero el cuento debía significar algo.

—Tal vez... —dudó, sopesando sus propias palabras—. Tal vez la alondra cantaba y la naturaleza le correspondía, ella daba su canto y la naturaleza correspondía con abundancia o algo así.

Theo alzó la cabeza.

—¿Como un intercambio?

—No lo sé —admitió ella—. Pero... el cuento dice que cantaba cada mañana, como si recibiera el día con alegría... ¿Y si su canto era una forma de dar las gracias?

Hubo un largo silencio. Theo entrecerró los ojos, procesando la idea.

—No entiendo cómo agradecer puede hacer florecer un bosque —dijo finalmente.

—Ni yo. —Anya suspiró y frotó su sien con los dedos—. A menos que... el agradecimiento alimente la prosperidad de las cosas.

Pero en cuanto lo dijo, la duda regresó.

Sacudió la cabeza y soltó una risa nerviosa.

—No, olvídale. No puede ser eso.

Theo dejó escapar un gruñido frustrado.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensé.

Anya cerró el libro dando un gran suspiro. Afuera, el viento seguía soplando.

Esa noche, mientras seguían intentando descifrar el significado del cuento, un ruido repentino en el bosque hizo que Theo y Anya se sobresaltaran.

Shanti, siempre atenta, se irguió de inmediato, con las orejas tensas y un gruñido bajo dirigido hacia la puerta.

—¿Qué fue eso? —susurró Theo, poniéndose de pie con cautela.

Antes de que pudieran reaccionar, una silueta apareció en la entrada.

Era un chico de cabello desordenado y ojos llenos de astucia, con una armónica colgando de su cuello y una sonrisa descaradamente traviesa.

—No quería asustarlos —dijo, levantando las manos en un gesto de paz—. Solo escuché voces y pensé... tal vez tienen algo de comida.

Theo y Anya se miraron con desconfianza.

—¿Quién eres? —preguntó Anya, estrechando los ojos.

—Aldan. Vivo en el bosque... más o menos.

El chico hablaba con la seguridad de alguien que había visto demasiado para su edad, aunque era más pequeño que Theo.

Algo en su actitud despreocupada, casi como si estuviera de paso, les hizo desconfiar aún más.

—¿Y qué haces por aquí a estas horas? —preguntó Theo, sin apartar la mirada de él.

Aldan se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Tratando de sobrevivir, como siempre. Aunque esta noche no esperaba encontrarme con un par de ladrones de libros.

Anya y Theo intercambiaron una mirada tensa.

—¿Qué te hace decir que lo robamos? —preguntó ella, sin soltar el libro.

Aldan soltó una risa ligera.

—Vamos, es bastante obvio. Dos guardias del regente están husmeando en el bosque con perros buscando algo, ustedes están escondidos en una ruina abandonada con una perra que parece más lista que ustedes dos juntos, parte de sus ropas están aún secando junto al fuego. —Aldan dirigió su mirada hacia la chimenea—. Y ese libro no parece pertenecer a este lugar.

Theo se relajó un poco y rio.

—Eres perspicaz. Sí, lo tomamos del palacio del regente.

Por ello, los guardias nos están persiguiendo.

Aldan silbó con admiración fingida.

—Vaya, eso sí que es un problema.

—Lo sabemos —respondió Anya, sin perder su tono cauteloso—. Y aún no nos has dicho por qué deberíamos confiar en ti.

Aldan sonrió con diversión.

—Bueno, para empezar, yo debería tener más razones para desconfiar de ustedes. Son ustedes los que están metidos en problemas, no yo.

—Es cierto... —murmuró Theo, cruzándose de brazos—.

¿Y cómo sabemos que no vas a denunciarnos?

—Si hubiese querido hacerlo, lo hubiese hecho antes, podía haber prevenido a los guardias sobre el movimiento en la ca-

baña —respondió Aldan encogiéndose de hombros—. Pero no lo hice y estoy aquí conversando con ustedes.

Anya frunció el ceño, evaluándolo.

—Aun así...

Shanti, que había estado observando en silencio, se acercó con cautela, olfateando a Aldan. Él se quedó quieto, dejando que la perra hiciera su inspección. Finalmente, Shanti le lamio la mano.

—Bueno, creo que eso significa que ella sí confía en mí —dijo Aldan con una sonrisa.

Anya suspiró.

—Está bien, puedes quedarte. Pero si intentas algo raro...

—Lo sé, lo sé. Tendré que vérmelas con ella. —Aldan acarició la cabeza de Shanti.

—Exacto —confirmó Theo.

Aldan se dejó caer sobre el suelo con un aire relajado y señaló el libro.

—Así que... ¿qué tiene de especial ese libro?

Anya y Theo se miraron una vez más antes de responder.

—Nos dijeron que contiene distintos relatos —explicó Anya—. Y que cada uno revela un tipo de... poder. Pero solo si logras comprender su enseñanza.

—¿Como una adivinanza? Me encantan las adivinanzas y soy bueno resolviéndolas. ¡Creo que definitivamente puedo ayudarles! —exclamó Aldan con una mezcla de curiosidad y emoción.

—Hemos estado tratando de descifrar el primer cuento durante horas —agregó Theo—. Y no hemos logrado mucho, la ayuda nos vendría muy bien. Anya sospecha que podría estar relacionado con la gratitud y por lo pronto es nuestra única pista.

Aldan arqueó una ceja, interesado.

—¿Gratitud, eh? —murmuró, rascándose la barbilla con aire pensativo—. Sé algo sobre eso. Mi madre solía decir que la gratitud era una de las fuerzas más poderosas que existen. Que podía transformar hasta el día más oscuro en algo hermoso. Que todo aquello por lo que damos gracias... se multiplica.

Nunca he olvidado esas palabras.

Theo lo miró sorprendido, casi desconcertado.

—¿Tu madre decía eso?

Aldan asintió. Esta vez, su sonrisa no fue burlona ni desafiante. Fue cálida, casi nostálgica.

—Sí. Lo decía siempre.

Y fue entonces, en esa pequeña casa escondida en el bosque y bajo la luz tenue del fuego, cuando algo cambió entre ellos. Una alianza silenciosa empezó a tejerse entre palabras compartidas y miradas sinceras.

Y aunque aún no lo sabían, esa noche marcaría un antes y un después en su viaje.

La casa estaba en completo silencio, salvo por el crepitar del fuego y el murmullo del viento entre los árboles.

Aldan se sentó junto a la chimenea, frotándose las manos para entrar en calor. Anya y Theo lo observaban con curiosidad, aún sin decidir si confiar completamente en él.

—¿De verdad vives en el bosque? —preguntó Theo.

—Sí —asintió Aldan—. Cada día encuentro un sitio donde dormir. Pero el invierno se acerca... y no es fácil encontrar refugio.

—¿No tienes familia? —preguntó Anya en voz baja.

Aldan negó con la cabeza.

—No desde hace mucho. He vivido entre la ciudad y el bosque, buscando la forma de seguir adelante. Pero dejemos eso.

Cuéntenme más del libro. Mi historia no es tan interesante.

—¿Por qué te interesa? —preguntó Theo, aún desconfiado—. ¿Qué sabes tú sobre libros?

Aldan sonrió.

—No mucho sobre libros. Pero sí sobre historias. Y las historias siempre enseñan algo. Solo hay que saber escucharlas.

Anya inclinó la cabeza, intrigada. Había algo en la forma en que hablaba, con una despreocupación que ocultaba algo más profundo, que la hacía querer escuchar.

—¿Quién te enseñó eso?

La sonrisa de Aldan se desvaneció un poco.

—Mi madre.

Bajó la mirada hacia sus manos, como si sostuviera algo invisible entre los dedos.

—Ella me contaba historias antes de dormir. No solo cuentos, sino enseñanzas. Decía que las mejores historias no te dan las respuestas... te obligan a encontrarlas.

El peso de sus palabras cayó en la cabaña como un eco silencioso.

Anya bajó la vista al libro en sus manos y lo acarició con los dedos.

—Entonces, tal vez sea hora de empezar a escuchar lo que tiene que decirnos.

Aldan sonrió, pero esta vez con un matiz diferente.

—Eso me gusta.

Poco a poco, Aldan empezó a abrirse.

La última vez que vio a su madre fue en la noche de la gran batalla durante la guerra que devastó Veldoria. Cuando todo estalló, él se refugió en el bosque, y ella desapareció.

No era una mujer de grandes riquezas ni de poder, pero tenía algo más valioso: sabiduría. Siempre llevaba consigo una pequeña libreta azul donde escribía reflexiones sobre la vida, el amor y la conexión con el Universo.

Había pasado ya mucho tiempo pero sus palabras aún vivían en su memoria.

Y quizá, pensó Aldan, esas historias no estaban tan perdidas como había creído.

—Ella decía que la gratitud era como una llave —continuó Aldan, mirando el fuego—. Que cuando agradeces algo, aunque sea pequeño, estás abriendo una puerta hacia algo más grande. «La gratitud atrae abundancia», me decía. Yo no entendía mucho en ese entonces, pero... con el tiempo, empecé a darme cuenta de que tenía razón.

Theo, fascinado, se inclinó hacia él.

—¿Qué más te enseñó?

—Muchas cosas —respondió Aldan, con una sonrisa melancólica—. Que la gentileza es una fuerza poderosa, que incluso los actos más pequeños pueden cambiar la vida de alguien. Que el amor y la compasión son los únicos sentimientos verdaderamente válidos. Y que todo está conectado, de una forma u otra.

—Eso suena... profundo —dijo Theo, rascándose la cabeza.

—Lo era —dijo Aldan, su voz volviéndose más suave—. Nunca hablaba de dónde había aprendido esas cosas, pero siempre decía que había conocido a alguien que le enseñó a ver el mundo de esa manera.

Anya, que había estado escuchando en silencio, sintió que algo se encendía dentro de ella. Las palabras de Aldan le recordaban las historias de Elyon que Maester Elric había compartido con ellos. ¿Podría la madre de Aldan haber conocido a Elyon?

—¿Recuerdas quién era esa persona, crees haberla conocido? —preguntó ella, con el ceño fruncido.

Aldan negó con la cabeza.

—No. Tengo muy pocos recuerdos de esa época, yo era muy pequeño. Las imágenes me escapan. Solo recuerdo sus

palabras, decía que era alguien especial, alguien que sabía cosas que los demás no podían entender.

Theo miró a Anya, sus pensamientos reflejados en sus ojos. Ambos sabían que esto no podía ser una coincidencia.

Cuando Aldan terminó de contar su historia, Anya sacó el libro y lo abrió en la página del primer cuento: *La alondra y el amanecer*. Le explicó brevemente de qué trataba, y Aldan escuchó con atención.

Aldan se quedó pensando en silencio.

—No es tan fácil como pensaba. —Se quedó en silencio por un largo momento hasta que finalmente con una sonrisa dijo—. Es posible que la alondra haya dejado de cantar porque pensaba que su canto no importaba. Pero no era su canto lo que hacía florecer los campos, sino su gratitud por el nuevo día. Tienes razón, Anya, la historia se refiere a la gratitud, esa gratitud era lo que transformaba todo a su alrededor y atraía abundancia.

—Eso es exactamente lo que dijiste que tu madre te enseñó —dijo Anya, sorprendida.

Aldan asintió.

—Ella siempre decía que cuando agradeces, estás reconociendo el valor de lo que tienes, y eso abre el camino para recibir más. Es como si el Universo respondiera a tu gratitud dándote más razones para estar agradecido.

Theo lo miró con los ojos muy abiertos.

—Entonces, ¿estás diciendo que la gratitud es... mágica? ¿Como un superpoder?

—No sé si sea mágica —respondió Aldan, encogiéndose de hombros—. Pero es poderosa, eso seguro. Desde que me quedé solo, tuve que sobrevivir con lo mínimo —dijo Aldan, con un tono más sereno—. Pero aprendí a agradecer por cada cosa que podía obtener, por pequeña que fuera. Un trozo de pan,

un lugar seco donde dormir cuando llueve, un rincón cálido durante las noches frías... o simplemente ver cómo el sol se alza otra vez, saber que estoy vivo un día más. Puede que no parezca gran cosa, pero al mirar atrás comprendo que, gracias a ese agradecimiento, siempre aparecieron en mi camino oportunidades que me permitieron seguir adelante.

Anya cerró el libro con cuidado, sus pensamientos corrían a toda velocidad.

—Tal vez por eso Elyon dejó este libro —murmuró—. Para enseñar a las personas estas verdades, pero a través de cuentos, porque solo quienes están listos para entenderlas pueden verlas.

Shanti, que había estado observando la conversación, apoyó su cabeza en el regazo de Aldan, como si estuviera agradeciéndole por compartir su historia. Aldan sonrió y le acarició la cabeza.

—Parece que Shanti también está de acuerdo —bromeó Theo.

Anya se levantó y miró a sus compañeros, con una nueva determinación en su mirada.

—Este es solo el primer cuento, pero si todos son como este, tenemos mucho que aprender. Y creo que Aldan puede ayudarnos a descifrarlos.

—¿Yo? —Aldan arqueó una ceja, sorprendido.

—Sí. Creo que tienes algo que nosotros no tenemos: una conexión directa con estas enseñanzas. Tu madre te transmitió lo que ella sabía. Y estoy empezando a pensar que eso no fue una coincidencia.

Theo asintió, mirando a Aldan con admiración.

—Bienvenido al equipo, Aldan.

Aldan sonrió, claramente emocionado por ser parte de algo más grande que él mismo.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente cuento?

Bajo la luz de la linterna y con el sonido del bosque como telón de fondo, los tres niños y Shanti siguieron explorando el misterioso libro. Ese encuentro marcaría el inicio de un vínculo inquebrantable que los llevaría a descubrir verdades que cambiarían no solo sus vidas, sino también el destino de Veldoria.

El amanecer llegó lentamente, teñido de un gris pálido que anunciaba una lluvia inminente. En la pequeña ruina del bosque, Anya, Theo y Aldan se despertaron sobresaltados por un sonido que los puso en alerta: el inconfundible eco de voces acercándose. Shanti fue la primera en reaccionar, levantándose de un salto y gruñendo suavemente hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Aldan, todavía medio dormido, mientras intentaba enfocar su vista en la penumbra de la cabaña.

—Guardias —susurró Anya, corriendo hacia la ventana. Apartó una esquina de la cortina de tela rota y miró hacia afuera. Entre los árboles, dos figuras se movían con cuidado, sus armaduras reflejaban la tenue luz del amanecer.

Theo se levantó de un salto, todavía sosteniendo el libro contra su pecho.

—¿Cómo nos encontraron?

—Garrick y Lysandra no habrán tenido respiro; sin duda Vorian los mandó de nuevo al despuntar el día. —dijo Anya con el ceño fruncido, su mente ya trabajaba en un plan.

Aldan se acercó a la ventana y observó con atención.

—Si son los mismos que los persiguieron anoche, entonces no van a rendirse fácilmente. ¿Qué hacemos?

Anya respiró hondo y miró a los otros dos. Su mente estaba llena de posibilidades, pero todas implicaban riesgos.

—Tenemos que salir de aquí antes de que nos rodeen. Si nos atrapan con el libro, todo estará perdido.

Shanti ladró suavemente, y corrió hacia la puerta, esperando instrucciones.

Con una rapidez sorprendente, los niños recogieron sus pocas pertenencias. Theo guardó el libro en su mochila y se aseguró de que estuviera bien envuelto en una tela para protegerlo. Anya tomó una cuerda y una pequeña linterna de aceite, mientras Aldan cargaba un saco con los restos de la comida que habían compartido la noche anterior.

—Por aquí —susurró Anya, señalando una puerta trasera que daba directamente al bosque.

Salieron en silencio, moviéndose con cuidado entre los árboles. Shanti lideraba el camino, sus movimientos silenciosos y seguros. Los ladridos de los perros de los guardias comenzaron a sonar a lo lejos, rompiendo la calma de la mañana.

—Tienen perros —dijo Theo, su voz llena de preocupación.

—No son tan rápidos como Shanti —respondió Aldan con una sonrisa, intentando aliviar la tensión.

El grupo avanzó rápidamente, pero los guardias eran persistentes. Cada vez que pensaban que los habían perdido, el eco de pasos y ladridos se acercaba nuevamente.

—No podemos seguir corriendo así —dijo Anya, deteniéndose un momento para recuperar el aliento—. Necesitamos una distracción.

Aldan, siempre ingenioso, sacó su armónica del bolsillo.

—Déjenmelo a mí —dijo, guiñándoles un ojo antes de comenzar a tocar una melodía animada. El sonido resonó entre los árboles, dirigiendo la atención de los guardias hacia el lugar contrario al que los niños estaban escapando.

—¿Crees que eso funcione? —preguntó Theo mientras se escondían detrás de un árbol.

—No se preocupen, sé cómo manejar a tipos como ellos —respondió Aldan con una sonrisa confiada.

Gracias a la distracción, lograron ganar algo de tiempo y seguir avanzando. Sin embargo, los ladridos de los perros pronto volvieron a escucharse, esta vez más cerca.

Después de horas de correr, los niños llegaron a un claro donde se encontraba un molino abandonado. Las aspas estaban rotas, y el edificio parecía estar al borde del colapso, pero era su mejor opción.

—Entremos —dijo Anya, tomando la delantera.

El interior del molino estaba oscuro y lleno de polvo, con vigas de madera que crujían bajo sus pies. Subieron a la planta superior, donde encontraron una pequeña habitación con una ventana que les daba una vista del bosque. Shanti se sentó junto a la entrada, vigilando en silencio.

—¿Crees que nos encuentren aquí? —preguntó Theo, mirando hacia afuera.

—Es posible, pero no tenemos otra opción por ahora —respondió Anya, sentándose en el suelo y revisando el libro en su mochila para asegurarse de que estaba intacto.

Aldan se acercó a la ventana, observando con atención.

—Esos guardias no se rendirán fácilmente. Vorian debe de tenerlos amenazados con un terrible castigo para que estén tan decididos.

—Los guardias deben de pensar que el castigo será tan grande como el orgullo de Vorian —dijo Anya, cruzando los brazos—. Vorian no puede permitir que algo como esto pase desapercibido. Para él, recuperar el libro no es solo cuestión de poder, sino de reputación, su ego es más grande que todo el reino.

Mientras discutían, Shanti comenzó a gruñir nuevamente. Antes de que pudieran reaccionar, los pasos de los guardias resonaron justo afuera del molino.

—Están aquí —susurró Theo, con el corazón latiendo con fuerza.

Garrick y Lysandra, los dos guardias más leales de Vorian, entraron al molino con cautela. Garrick, un hombre corpulento de estatura notable, sostuvo su espada lista, mientras Lysandra, ágil y sigilosa, inspeccionaba el lugar con una daga en la mano.

—Sabemos que están aquí —dijo Garrick con voz autoritaria—. No hagan esto más difícil para ustedes mismos.

Aldan miró a Anya y Theo, susurrando.

—Déjenme hablar con ellos.

—¿Qué? —susurró Theo, horrorizado—. ¿Estás loco?

—Confíen en mí —dijo Aldan, levantándose lentamente y caminando hacia la escalera.

Shanti lo siguió, como si estuviera lista para protegerlo si era necesario. Cuando llegó al pie de la escalera, Aldan levantó las manos en señal de rendición. Shanti permaneció en lo alto de la escalera sin ser vista.

—Oigan, oigan, tranquilos. Solo soy un chico tratando de ganarse la vida.

Lysandra lo miró con sospecha.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Nada en especial —respondió Aldan con su tono despreocupado—. Vi este lugar y pensé que sería un buen lugar para dormir.

Garrick frunció el ceño, claramente no convencido.

—¿Dónde están tus amigos?

—¿Amigos? —Aldan soltó una risa breve—. No tengo amigos. Aunque vi a un par de chicos corriendo hacia el río hace un rato. Si se dan prisa, tal vez los alcancen.

Lysandra entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera responder, Shanti comenzó a ladrar ferozmente, distrayendo a ambos guardias.

En ese momento, Anya y Theo aprovecharon la oportunidad para escapar por una ventana trasera, sin ser vistos. Aldan los siguió rápidamente, con Shanti cubriendo su retirada.

Aunque lograron escapar del molino, los niños sabían que los guardias no tardarían en volver a perseguirlos. Sin embargo, la astucia de Aldan y la lealtad de Shanti les habían dado una ventaja importante.

Mientras se alejaban por el bosque, Theo miró a Aldan con admiración.

—¿Cómo hiciste eso?

—Es fácil —respondió Aldan con una sonrisa—. La gente siempre subestima a los chicos como yo. Solo tienes que darles algo que les interese más que tú.

Anya, aunque impresionada, sabía que no podían relajarse. —Esto no ha terminado. Vorian no se detendrá hasta recuperar este libro. Necesitamos encontrar un lugar seguro, y rápido.

Shanti ladró y corrió hacia adelante, guiándolos nuevamente. Aunque estaban cansados, sabían que no podían detenerse. Su misión apenas había comenzado, y los desafíos que enfrentarían serían cada vez mayores.

¿Te quedaste con ganas de más?

¡Corre a tu librería digital favorita
a descargar el libro completo!

Los cuentos de Elyon: El secreto de los superpoderes es el primer volumen de una serie de fantasía juvenil que combina aventura, misterio y enseñanzas sobre las virtudes.

La historia sigue a tres niños huérfanos que, tras un misterioso robo en la biblioteca del regente, deben huir en busca de Elyon, un sabio desaparecido cuyas enseñanzas han cambiado vidas. En el camino, descubren antiguos cuentos que revelan habilidades extraordinarias, aunque en realidad son virtudes esenciales como la creatividad, la intuición y la gratitud. Al aplicarlas, los niños despiertan un potencial que jamás imaginaron tener.

Pero no son los únicos tras el rastro de Elyon. Vorian, el regente de Veldoria, obsesionado con el poder, ha pasado años intentando desentrañar los relatos, sin darse cuenta de que su propia visión del mundo le impide comprenderlos. Para él, las virtudes son debilidades y la verdadera fuerza radica en la dominación. Su incapacidad para aceptar que el mayor poder reside en la transformación personal lo lleva a perseguir con implacable determinación lo que no puede entender por sí mismo.

A medida que los niños avanzan en su viaje, descubren que no solo están más cerca de la verdad sobre Elyon, sino que también son la última esperanza para proteger su legado.

Más que una historia de fantasía, *Los cuentos de Elyon* invita a los lectores a desarrollar sus propios «superpoderes», convirtiendo la lectura en una experiencia enriquecedora y transformadora.

Los **Cuentos** de
ELYON
El secreto de los superpoderes.